

## JOAQUIN DE AGÜERO.

**D**ESDE 1810 hasta que se realizó la independencia de Cuba, no dejó de conspirarse contra la dominación española ni un solo día. Los primeros mártires de la causa fueron los camagüeyanos Francisco Agüero y Velasco, (Frasquito) y Andrés Manuel Sánchez. El tercero que pagó con la vida su amor á la libertad de su patria fué Joaquín Agüero y Agüero, camagüeyano también y una de las más hermosas figuras de nuestra corta pero honrosa historia.

Joaquín de Agüero nació en Puerto Príncipe el 15 de Noviembre de 1816 y pertenecía á una de las familiares más antiguas y distinguidas de aquella ciudad. Era un joven de talento y esmerada educación y de un carácter tan atrayente y simpático que conquistaba los afectos.

Desde los 21 años empezó á estudiar leyes en la Habana, pero interrumpió su carrera la grave enfermedad de su padre, trasladándose al Camagüey para hacerse cargo de la dirección de sus intereses. En 1839 se casó con su prima Ana Josefa Agüero, privilegiada criatura por su belleza, su entendimiento y su corazón, la mejor compañera que podía haber elegido un hombre superior en quien latían las más elevadas aspiraciones.

Ya en posesión de su patrimonio por muerte del autor de sus días, Agüero se distinguió con la creación y sostenimiento de una escuela gratuita en Guantána-

mo, que abrió sus puertas al pueblo el 8 de Enero de 1842. La Real Sociedad Económica de la Habana, por este rasgo de generosidad y amor á la cultura del país le confirió el título de Socio de Mérito.

Como ya creemos haberlo dicho en otra ocasión, quien se distinguía en aquellos tiempos por su espíritu liberal, sus ideas abolicionistas ó su amor á la instrucción popular atraíase *ipso facto* las iras de los gobiernos coloniales. Joaquín Agüero liberal, creemos, desde el punto y hora en que tuvo uso de razón, dió la libertad á sus esclavos y este hecho en medio de una sociedad esclavista, llamó la atención. De llamarla á ser llamado por el gobernador general á la Habana no mediaron muchos días. Sobre esto, en Abril de 1840 escribía el insigne Gaspar Betancourt (*El Lugareño*) á su gran amigo el no menos ilustre cubano Domingo del Monte: «El joven Agüero está muy mal parado. El general mandó que lo hicieran comparecer para contestar á cierto interrogatorio sobre qué lo movió á dar libertad á sus esclavos. Todo se ha hecho y parece que el sumario sigue adelante, no ya sobre lo de la libertad sino sobre palabras que vertió, apestando á abolicionismo y á diabluras. Yo le he aconsejado que se vaya al Norte cuanto antes, pues no sólo tiene contra sí al Gobierno, sino á muchos de sus paisanos. Hoy es delito tener y hasta manifestar tener compasión á los esclavos: la humanidad, el buen trato, nada de esto se puede recomendar en el día, porque son sinónimos de abolicionismo. Ni el censor permite una palabra sobre colonización blanca.»

Ni aún el mismo *Lugareño*, hombre de gran prudencia y que no se dejaba arrastrar por el fuego de la juventud, se vió libre de chocar con la suspicacia del general O'Donnell, quien lo llamó un día para decirle, después de elogiar su talento, que lo empleara en bien de su país y que contara con su apoyo, pero si no lo hacía así, es

que se hallaba mal con su cabeza.

Con la emancipación de sus esclavos alcanzó aún mayor popularidad Agüero, que confiando demasiado en sus simpatías, se resolvió á dar el grito de independencia correspondiendo al de Narciso López que iba á invadir de nuevo la isla, levantando bandera de insurrección el 4 de Julio de 1851 en la hacienda San Francisco del Jucaral con treinta hombres decididos.

Al primer encuentro con las tropas se disolvió la partida libertadora, no sin sostener un rudo combate en el que cayeron luchando como leones el Ldo. Francisco Torres, Mariano Benavides, Francisco Perdomo, Agustó Arango y un negro, antiguo esclavo de Agüero. «Yo debía morir en-

tonces—dice el mártir—y ni un rasguño del enemigo me cupo. El valiente y sufrido Ubaldo Arteaga, Adolfo Pierra y Miguel Benavides escaparon conmigo.»

Y el desenlace de esta heroica empresa lo refiere así Francisco de Agüero y Estrada:

«Después de aquel triste cuanto memorable acontecimiento, que dió al traste con todos sus planes Agüero ya no pudo ocuparse sino de su salvación, y al través de horribles pantanos, atravesando bosques y breñas intransitables, abrumado de fatiga, destituido de todo humano socorro y pasando tres días y tres noches de marcha continua, llegó al Júcaro, donde el infame P... lo entregó á la saña de sus enemigos.»



Hé aquí el retrato físico de Agüero hecho por José Ramón Betancourt en su novela *Una feria de la Caridad*:

«Era un joven que hubiera podido servir de modelo para mostrar la varonil apertura de un hijo de los trópicos. De su espaciosa y morena frente, coronada por negros y ensortijados cabellos, destacábase una aguileña nariz, espesos bigotes y ancha pera permitían ver sus labios agraciados nunca conmovidos por la risa ni por la cólera. La expresión de aquel semblante se concentraba en los ojos grandes, cubiertos de largas pestañas, negras como azabache y al través de las cuales irradiaban las pupilas su penetrante luz, revelando el conjunto de su rostro la nobleza de su alma, la elevación de sus ideas y un fondo de amargura y de desencanto que á la vez de inspirar simpatía infundía respeto á todo el que le trataba.»

Preso Agüero, se apeló por el gobierno á todos los medios para arrancar á los cautivos revelaciones acerca de la extensión del movimiento y de sus partidarios. Todos se encerraron en el más digno silencio. Al ser interrogado Joaquín de Agüero, dijo:

—Desde que tuve uso de razón he suspirado por la libertad de mi tierra y hace ocho años que constantemente trabajo para conseguir ese objeto; pero durante estos dos últimos años no he tenido otra ocupación ni he pensado en otra cosa que en llevar á cabo mi empresa. Creí y creo llegado el momento de consumir la revolución á mano fuerte: si se piensa que me he equivocado ese es mi crimen.

Encerrados en el cuartel de Lanceros de Puerto Príncipe y puestos en capilla, fueron fusilados á las seis de la mañana del 12 de Agosto de 1851 en la Sabana de Arroyo Méndez, Joaquín de Agüero, Miguel Benavides, José Tomás Betancourt y Fernando de Zayas. Creemos inútil decir que murieron como habían vivido: llenos de decoro.

I

